



# CIUDAD ROJA

F. L. GAMBOA

# CIUDAD ROJA

F. L Gamboa

Título: Ciudad Roja  
© 2019, F. L Gamboa  
Ilustración y diseño de portada: Jean-Baptiste Duville  
Revisión de estilo: Patricia Betzabel López Torres  
1° edición  
Todos los derechos reservados

*Para mi madre, mi primer lector cero; y Mathilde, quien siempre me ha apoyado.*

# ÍNDICE

PRÓLOGO

LA PSICÓLOGA

CIUDAD ENFERMA

SOMBRAS

LA SANGRE DEL ELEGIDO

INFECCIÓN

LLUVIA Y FANTASMAS

FLORA

AQUELLO QUE DEJARON ATRÁS

CENIZAS DEL NUEVO DÍA

LA MENTE DEL CAZADOR

CRATURAS SALVAJES

LOS BARREDORES

RÉQUIEM POR UN LOCO ARREPENTIDO

LA ÚLTIMA PISTA

UNA APUESTA ARRIESGADA

CAÍDA LIBRE

INFILTRADOS

CORRUPCIÓN

DIEZ MINUTOS

EPÍLOGO

ACERCA DEL AUTOR

## PRÓLOGO

Belinda:

Tenía razón... tenías razón; no debí de haber hecho esto yo solo. Las cosas aquí parecen complicarse al minuto, y no creo que me sea posible salir de esta tal y como lo había pensado.

Los alimentos que ellos producen son la clave. Ahora que lo sé, vendrán por mí.

Lo siento tanto.

Adrián

## LA PSICÓLOGA

*“El analista no hace sino devolverle al analizante (paciente) su mensaje invertido, como si se tratara de un espejo (en el cual el analizante se puede reconocer).”*

—Jacques Lacan

Belinda Castañeda observaba a las personas caminar por la acera de la avenida desde el marco de la ventana en la que se encontraba sentada. El ruido de la tarde consistía de un flujo constante de automóviles pasando de un lado a otro, cláxons siendo accionados por el tráfico que se concentraba en el semáforo más adelante y personas hablando por sus teléfonos. La gente no parecía percatarse de su mirada curiosa, ya que los veía desde el tercer piso de un complejo de apartamentos compuesto de cinco niveles.

Ella era una mujer de treinta años, hija de padre mexicano y madre afroamericana. Un poco más alta que el promedio: 1.65 metros sin que necesitara usar zapatos con tacón. Su piel morena como el café con leche —y siempre pensó que a su taza le habrían puesto quizá muy poca—. Su cabello castaño, rizado y voluminoso, de un largo que apenas acariciaba sus hombros. Llevaba un vestido blanco; simple y de porte elegante, que le llegaba justo arriba de las rodillas y acentuaba las caderas de su delgada figura.

Giró su cuerpo y recorrió con su mirada cada esquina del pequeño apartamento. Las paredes estaban pintadas de un ligero color beige reconfortante y las baldosas del suelo eran pequeñas y blancas. Lo había alquilado cuatro años atrás para que fuera su consultorio una vez que terminara su doctorado. Contaba con una estancia lo suficientemente grande como para albergar dos sillones de tela oscura y suave al tacto en el centro de la sala, los cuales ro-

deaban asimismo una mesita rectangular de cristal con el periódico del día enrollado y descansando encima. Frente a la ventana se encontraba un sofá individual de cuero; al lado de este se hallaba adyacente al inconfundible diván en el que sus pacientes le revelarían las heridas que había en sus almas durante las sesiones de terapia.

Sus ojos bajaban constantemente al revisar el reloj en su muñeca derecha, más veces de las que ella pudiera darse cuenta. Pasaba de las cuatro, su cita venía tarde. «Extraño...», pensó mientras miraba las delgadas manecillas doradas, y deseó que el segundero dejara de moverse. Su frente se arrugó e hizo una mueca de disgusto mientras daba golpecitos con la uña del dedo índice al marco de la ventana, volvió a inspeccionar al mar de gente debajo de ella, con la esperanza de que uno de ellos fuese quien esperaba.

Había cancelado las visitas posteriores para enfocarse solamente en esa entrevista y en la siguiente. A quien esperaba no era otro paciente más, sino alguien importante. Alguien quien ella buscó por muchos meses.

Su mente era invadida por el número tres. «Tres años, tres años sin saber de ti» repitió en su mente; y se llenó con amargura.

El sonido prolongado de un cláxon en la lejanía cortó sus pensamientos e hizo que enfocara su vista en esa dirección. Una camioneta de gran tamaño, color negro y vidrios oscuros, pasó rápidamente sobre la avenida; rebasando de forma vertiginosa a los demás vehículos, para reducir la velocidad al momento que pasó cerca del complejo de departamentos donde ella misma se encontraba. Belinda no pudo ver a la persona que conducía el vehículo, pero sí la observó por un momento antes de aumentar la velocidad y desaparecer, dando vuelta a la derecha un par de calles adelante sin encender las luces intermitentes.

—¿Dónde está? —gruñó ella. Llevó a su boca la punta de su pulgar y lo mordió ligeramente.



Cada nuevo minuto hacía que Belinda se preocupara más y más por la tardanza de su cita. Bajó despacio del marco de la ventana y fijó la vista en la puerta de entrada del consultorio. Nada, la persona no llegaba. Sentía cierta ansiedad en su interior que se dispuso a controlar de inmediato. Como psicóloga, no podía permitir que ese tipo de emociones se apoderaran de ella; debía ser paciente y esperar.

Él llegaría, estaba segura de ello.

Caminó sin prisa por el departamento, con la mirada baja para distraerse. Pensaba en el último paciente del día; una mujer a la que sólo había visto por un par de semanas, cuyo problema radicaba en que había desarrollado una adicción a cierta bebida azucarada que estaba de moda desde hacía unos años y ahora sentía que no podía dejar de consumirla por más que quisiera, como si se tratase de una droga. El diagnóstico de Belinda fue inmediato desde la primera cita: trastorno obsesivo compulsivo. Pero el caso seguía siendo curioso para ella, ya que no sería la primera vez que escuchaba de una persona adicta a un alimento. Sobre todo si se trataba de un producto de «esa» compañía en particular.

Paseó entre los sillones hasta detenerse frente al espejo a un lado del cuarto de baño para luego contemplar su reflejo. Observó las delicadas facciones de su rostro; sus delgadas mejillas, sus pómulos, su frente arrugada por la ansiedad que le provocaba que su cita no llegara y se detuvo en sus ojos. Eran claros, el color miel del iris lo había heredado de su madre y este resaltaba desde el momento en que nació. Los examinaba a ambos, notando que uno de ellos era sutilmente más claro que el otro.

Al lado de su reflejo se materializó la imagen de un hombre muy parecido a ella. La observaba; y Belinda no se inmutó por su presencia. Suspiró de forma entrecortada sin dejar de verlo, volvió a recordar el número tres. El pensamiento la atormentaba, haciéndola sentir culpable; cerró

los ojos para que la silueta desapareciese y apretó ambas manos en puños.

En ese momento, alguien tocó la puerta, y la sacó de su trance.

—¿Hola? ¿Señorita Castañeda? —dijo un hombre con voz temblorosa luego de dar un nuevo golpe.

La psicóloga corrió casi de inmediato hacia la puerta y echó un vistazo por la mirilla del centro. Era su cita. Removió el pasador y abrió la puerta para tenerlo de frente.

Escaneó al hombre con la mirada; calculó que era al menos diez años mayor que ella, y mucho más alto, además. Su piel era blanca, su cabello negro y lo tenía peinado hacia atrás. Sus ojos marrones registraron el consultorio detrás de ella como si buscara una cámara escondida en alguna parte. Belinda encontró una marca en su rostro lo suficientemente notable como para encender su curiosidad: una sobresaliente cicatriz cerca de su ceja derecha.

—Doctor Roberto Farell Macías, ¿cierto? Me preguntaba si se había perdido —dijo Belinda con una ligera sonrisa. Extendió su brazo, capturó la mano del hombre y la apretó—. Me alegra que haya podido venir. Pase, por favor.

—Perdone la tardanza —continuó Farell. Apretó las manos cerca de su pecho mientras se abría paso en el consultorio—. Tuve que asegurarme de algo primero.

—¿Podría saber de qué...? —le cuestionó ella arqueando las cejas, pero no le respondió. Parecía que su mente estaba en otro lugar.

Belinda miró el reloj en su muñeca mientras que su invitado caminaba inseguro dentro del departamento, no le quedaba mucho tiempo para hablar y eso la hizo sentir molesta. Consideró reclamarle por su tardanza, por haberle hecho esperar, mas lo consideró un tanto descortés de su parte y desistió de inmediato. Después de todo, el tema que tratarían era delicado y él aceptó a hablarlo con ella, por lo que decidió enfocarse en lo que ya tenía. «Al mal tiempo, buena cara» pensó, invitándolo a sentarse en uno

de los sillones con una ligera seña. Notó de inmediato el nerviosismo del hombre frente a ella, aunque él hacía su mejor esfuerzo por disimularlo. Su mirada deambulaba ligeramente, tenía las manos entrelazadas con fuerza y pasaba saliva con frecuencia.

—Permítame un segundo —dijo Belinda y entró a la habitación que estaba a un lado del espejo. No tardó ni un minuto y ya estaba de vuelta en la estancia con una pequeña cámara de video color negro y un trípode de aluminio.

En el momento en que el hombre fijó su vista en el equipo, soltó el aire y se levantó del sillón tan rápido como pudo para dirigirse a la pared detrás de él.

—Doctor, tranquilo —dijo ella alargando su brazo hacia él, sin saber muy bien qué estaba sucediendo.

—Esto no era parte del trato, señorita Castañeda —contestó el hombre entre respiraciones entrecortadas. Estaba casi adherido al muro, temblaba y su rostro se había vuelto pálido.

—¿Qué ocurre? ¿Se encuentra bien?

Belinda observó pequeñas gotas de sudor que parecían como perlas en la frente del doctor. Algo estaba mal. Necesitaba saber qué, o quién, podría desencadenar tal grado de nerviosismo a alguien tan alto como el hombre que ahora estaba a punto de salir a toda velocidad de su consultorio. Por ahora, lo que debía hacer era asegurarse de mantenerlo en el departamento. Entonces su mirada fue a la izquierda, donde estaba un mueble de madera cerca de él. Había dejado un par de hojas de papel blancas y un bolígrafo de tinta negra encima de estas.

«Si no quiere contarme qué pasa, tal vez quiera escribir» se dijo a sí misma, y señaló con el dedo índice los papeles.

El doctor Farell asintió al entender de inmediato lo que Belinda quería que hiciese. Tomó una de las hojas y el bolígrafo y escribió un mensaje, teniendo un ligero temblor en las manos que a ella le causó desasosiego; pero se mantu-

vo en calma. El trabajo de un psicólogo es siempre demostrar que está en control de sí mismo durante las sesiones de terapia, y si el hombre que tenía de frente en medio de una crisis nerviosa notaba por un instante que ella vacilaba, perdería su confianza. Y con ello, la oportunidad de entrevistarlo.

Al terminar de escribir, Farell alzó hacia Belinda el papel con el mensaje: «Hay ojos en todos lados», con letras alborotadas a causa de sus dedos temblorosos.

—Respire, doctor —indicó ella con voz suave para tranquilizarlo—. No encenderé la cámara si así lo desea. Lo importante aquí es que usted se sienta cómodo y pueda hablar —llevó de vuelta su equipo de grabación dentro de la habitación y regresó a la estancia—. ¿Así está mejor?

Farell asintió agitando la cabeza un par de veces. Las gotas de sudor continuaban brotando de su frente, pero Belinda lo notó más tranquilo, debía seguir así.

—Necesito que se siente aquí —dijo dando una palmadita al diván—. ¿Le parece bien si hacemos un experimento?

—¿Qué clase de experimento? —preguntó él.

—Del tipo que hará que esos nervios se calmen un poco.

El hombre caminó inseguro hacia ella, sujetando con ambas manos la hoja de papel con el mensaje cerca de su pecho. Miraba la puerta que daba al pasillo del edificio, con su mente pidiéndole que se fuera de ahí. Sin embargo, si había accedido a la entrevista era porque tenía una misión que cumplir, un peso que llevaba consigo desde ya varios años. Llegó al diván y se sentó sin despegar la vista de la psicóloga.

—Perfecto. Ahora acuéstese, por favor.

—No sé si...

—No es necesario que cierre los ojos —interrumpió Belinda—, puede mantenerlos abiertos durante todo el proceso si así lo prefiere.

La psicóloga tomó con delicadeza la hoja que Farell aún tenía y la aplastó hasta convertirla en una pelota de papel, luego la acercó a él para que la tomara. El doctor inspeccionó el objeto con extrañeza.

—En un porcentaje, siendo cien el más alto ¿qué tan ansioso se siente en este momento?

Farell, sin dejar de ver la bola de papel, vaciló antes de responder.

—Setenta por ciento —dijo finalmente.

—No quiero que mire la pelota que hice, doctor, necesito que la sienta con sus dedos. Su forma imperfecta, las arrugas, los bordes que tiene alrededor. Siéntala mientras respira profundamente.

Asintió e hizo lo que le pedía. Jugaba con el objeto, lo tocaba por todas partes con curiosidad. Pronto, su cara dejó de brillar por sudor. Su pecho se inflaba y deshinchaba con mayor tranquilidad. «Ya te tengo», pensó ella y esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué tan ansioso se siente ahora? —preguntó Belinda al cabo de un par de minutos.

—Cuarenta por ciento —respondió sin despegar la vista de la bola.

—Cierre los ojos, doctor Farell, y siga con el ejercicio.

Farell apagó su vista con la pelota todavía en sus manos. Abrió la boca como si quisiera decir algo en contra, pero ni una palabra logró salir de sus cuerdas vocales.

—Estoy realizando una investigación personal con respecto a lo ocurrido en Ciudad Sultana hace tres años —siguió ella—. Eso usted ya lo sabe, lo habíamos hablado por teléfono. La información que me proporcione es confidencial y no será difundida. Tiene mi palabra de que no saldrá de aquí.

—No sé si deba meterla en esto, doctora. La tragedia de Ciudad Sultana es parte de un secreto sensible; y podría salir perjudicada si se enteran que usted sabe demasiado.

—No se preocupe por eso, puede confiar en mí.

Farell llenó su pecho de aire y carraspeó antes de comenzar a hablar. No estaba del todo seguro si confiarle dicha información sería la solución, pero debía al menos intentarlo. Tal vez, a fin de cuentas, ella sería capaz de ayudarlo, podría tener al fin una aliada frente a un océano de enemigos.

La entrevista había comenzado.

\*\*\*

—Eran tiempos de grandes avances para el laboratorio —comenzó Farell con las manos cubriendo su boca, como si solo así su secreto pudiese ser diluido—. Gracias a la investigación a la que fui asignado junto a un equipo de mentes brillantes, el proyecto iba viento en popa para finales de febrero de ese mismo año. Un par de días antes de que la ciudad entrara en la crisis que usted ya conoce gracias a los medios.

»Trabajaba en mi oficina durante la penúltima noche. Era de madrugada, la única luminiscencia que se derramaba en mi rostro era la tenue luz que emitía la pantalla de mi ordenador. Esta se reflejaba en mis anteojos mientras tecleaba arduamente los detalles de aquel informe que hablaba del progreso que tuvimos ese día; mencionaba a un nuevo y prometedor sujeto de pruebas que la alta dirección nos había confiado un mes atrás.

»Recuerdo sentir una incomodidad en mis manos que me impedía escribir correctamente. Estaban gélidas. No por la baja temperatura reglamentaria en el complejo, de eso ya me había acostumbrado, sino por una voz que me decía que parara cuando aún me era posible y huyera lejos de ese lúgubre sitio. No era la primera vez que tenía esa sensación de pánico, las cosas que hacíamos en ese lugar eran todo menos éticas; pero ya me encontraba tan adentro en el abismo que escapar no resultaría nada sencillo.

»Me había concentrado tanto en acabar con mi informe lo más pronto posible que no me percaté que una mujer había abierto la puerta de la oficina, irrumpiendo la oscuridad que me relajaba con la preponderante luz blanca del pasillo con el fin de hacerme una pregunta:

—¿Doctor Farell? —dijo ella asomando la cabeza primero y sin entrar—. No sabía que se quedaría tan tarde.

—De hecho, estaba a punto de retirarme. —respondí de inmediato—. Necesitaba terminar este maldito informe antes. ¿Puedo ayudarte en algo?

»La mujer se abrió paso dentro de la oficina cuando apenas terminé de entonar esas últimas palabras, y caminó hacia mi escritorio sin que la invitara a pasar. Su presencia me incomodaba al igual que a la mayoría del personal que llegaba a hablar con ella; tal vez era su voz chillona o su necesidad de agradarle a todos. Quería que se retirara lo antes posible, pero parecía no entender mis indirectas.

»Era una chica más joven que yo, tal vez a la mitad de sus veintes. Una novata. Rechoncha y un tanto bajita. Con una pinta de *nerd* debido a sus enormes gafas y a su cabello teñido de rojo, recogido en una apretada cola de caballo. Todavía tenía puesta su bata de laboratorio y cargaba una caja de cartón repleta de cuadernos y libros de biología.

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó.

—Dicen muchas cosas en este lugar, Samantha —manifesté sin despegar la vista de mi monitor—. Tendrás que ser más específica.

—Escuché al doctor Salinas mencionar en el pasillo que la prueba con el componente SE funcionó en seres humanos sin efectos secundarios, ¿es verdad?

»Levanté la mirada para ver sus ojos abiertos como platos.

—Obtuvimos los resultados hace un par de horas —dije—, su cuerpo lo asimiló por completo y presiento que lle-